

VIVIR NUESTRO BAUTISMO

La vida y el comportamiento del bautizado han de estar en sintonía y conformidad con el misterio y las exigencias del Bautismo que ha recibido.

1.- La vida del bautizado es una existencia pascual

1.1.- Por el bautismo morimos al pecado (Rm.6,2); ¿continuaremos viviendo en el pecado? De Ningún modo (Rm.6,1-2).

Aunque el Espíritu de Cristo nos ha liberado del pecado, nosotros vivimos aún en el cuerpo mortal (Rm.6,12), bajo el influjo de la “sarx” (carne) con sus concupiscencias (Gál.5,16ss). Por eso la vida del bautizado está llena de riesgos y peligros. En este sentido, Pablo nos amonesta: “quien crea estar firme, tenga cuidado para no caer” (ICort.10,12). Es el imperativo moral de una vida nueva que ha brotado del bautismo (V.M.Goedert): ha de caminar no según “la carne” sino “según el Espíritu” (cf. Rm.8,4).

Por eso, San Pablo nos exhorta con estas palabras: “Que no reine el pecado en vosotros” (Rm.6,12); “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en unión con Cristo-Jesús” (Rm.6,11). El nuevo estado de vida “en Cristo” exige de bautizado una renovación constante y una docilidad al Espíritu para que Cristo “tome forma en nosotros” (cf. Gál.4,19).

Hacer realidad en su vida este desprendimiento, este despojo bautismal es lo que constituye la mortificación de todo aquello que aún pertenece a la tierra, es lo que indica el expulsar de nuestra vida la mentira, el embuste, el engaño. La mentira y las obras pecaminosas son las dos armas de hombre viejo contra las que hemos de luchar y de las que debemos despojarnos continuamente (B.Rey).

1.2.- El bautizado ha de vivir en la novedad de vida

El cristiano se convierte por el bautismo en nueva criatura (II Cort.5,17). Debe, por tanto, andar conforme a una vida nueva (Rm.6,4) sostenido y ayudado por la gracia de Dios.

Pablo exhorta a los bautizados con estas hermosas palabras: “revestíos, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad, sobrellevándoos los unos a los otros, perdonándoos recíprocamente siempre que alguno tuviere alguna querella contra otro. Como de su parte Cristo os

perdonó a vosotros, así también vosotros. Y sobre estas cosas revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección... Mostraos agradecidos” (Col.3,12-15).

Haber renacido a la vida nueva de los hijos de Dios implica el compromiso de permanecer fieles y perseverantes “en esta vida” que hemos recibido de Dios como don y tarea. “En esta vida nueva”, que es compartir la vida de Jesucristo por la animación del Espíritu Santo, se fundamenta la moral cristiana que tiene como centro a Cristo y su Evangelio.

Por el Bautismo hemos sido hechos ofrenda agradable a los ojos de Dios, hemos sido convertidos en panes ázimos para Dios. No consintamos que el pecado nos corrompa. Pablo nos confía su experiencia religiosa al decirnos: “Estoy crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, pues es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20). La vida del cristiano está escondida con Cristo en Dios.

6.- El bautizado vive en tensión hacia la victoria final de Dios

El bautizado está salvado en esperanza. Por eso vive en tensión entre el “ya sí” y el “todavía no”. Ya es hijo de Dios, pero aún no se ha manifestado la gloria que un día se revelará en él”.

D. Bonhoeffer decía: “El más-allá de Dios se realiza en medio de nuestras ciudades y de nuestras villas”, ilustrando el texto del Deuteronomio que dice: “La Palabra está cerca de ti, ella está en tu boca y en tu corazón para que tú la pongas en práctica” (Deut.30.14).

Es verdad que el proyecto de Dios se vive en la historia. Con todo, el proyecto de Dios nos proyecta hacia el futuro. El destino del hombre no se acaba en la historia.

Pablo lo dice con claridad:

“El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con El, para ser también con El glorificados (Rm.8,16-17; cf. Fil.3,12-14). El cristiano ha de esforzarse con la ayuda del Señor en no sucumbir a la seducción del pecado ahora y en la hora de su muerte.

2.- El bautizado vive como hijo de Dios.

Ya sabemos que por el Bautismo hemos recibido la gracia de la filiación adoptiva a imagen del Hijo Unico de Dios (cf.Gál.4,4-6; IJn.1). Nuestra filiación adoptiva no es exterior a nosotros,sino que penetra nuestro ser, hasta el punto de que podamos decir: “verdaderamente somos hijos de Dios” (IJn.3,1).

¿Cómo vivir nuestra condición de hijos e hijas de Dios?

En primer lugar, como **adoradores**: el bautizado es,por el bautismo,adorador de Dios.Acoge el misterio de Dios,sin pretender dominarlo ni manipularlo,sino adorarlo.

En segundo lugar, como **orantes**: la oración es una realidad constitutiva del cristiano.La oración es diálogo filial y confiado con el Padre por Jesucristo en el Espíritu,buscando prioritariamente el Reino de Dios y su justicia. “La oración es, en la vida del bautizado, como el aliento del Espíritu.Ella hace crecer en él el deseo de Dios y le revela el verdadero sentido de su existencia” (B.Panafieu).Pero no olvidemos nunca que la oración es don del Espíritu Santo ya que nosotros no sabemos rezar. El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad y nos hace gritar: “Abba,Padre”.

En tercer lugar, como **obedientes** al Padre: esta obediencia nos ha de conducir a dejarnos construir y edificar por Dios a lo largo de toda nuestra vida, y no por nuestros caprichos e intereses. Esto exige de nosotros disponibilidad para realizar la voluntad del Padre y generosidad para ir allí donde no nos gustaría ir; incluso,para dejarnos clavar en la cruz como Pedro.

En cuarto lugar, como **agradecidos** a Dios: la filiación divina es un don y una gracia,y una realidad constitutiva del Reino de Dios. El Padre de Jesús es también nuestro Padre. Por eso,hemos de recibir,acoger y vivir la filiación divina con agradecimiento,reconocimiento y alegría.

En quinto lugar,**confiando** siempre en Dios,nuestro Padre. Es verdad que nos encontraremos con la cruz que tendrá rostros diversos y distintos.En esos momentos,pongamos la confianza en Dios que no abandona nunca al humilde y al que se fía de El. Digamos con el Salmista: “aunque camine por cañadas oscuras nada temo,porque Tú vas conmigo, tu vara me sosiega”.

3.- El bautizado vive como hermano en Jesucristo

El Bautismo nos incorpora a Jesucristo que es el Hermano Universal de todos. Los bautizados forman entre sí una comunidad fraterna, y han de considerar a todos los demás como hermanos. El bautizado es hermano universal a semejanza de Jesucristo.

¿Cómo vivir esta fraternidad universal?

Contemplando a cada ser humano como un hermano a quien hay que amar, acoger, ayudar, alentar desde la cercanía; haciendo visibles el amor y la ternura del Padre que ama todos y quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Actualizando en esta nueva relación de fraternidad universal el misterio de la muerte de Cristo. Esta actualización conlleva: a) no dejarse conducir por el propio egoísmo que instrumentaliza, desprecia, margina y manipula al prójimo; b) amar al prójimo como lo amó Jesús: un amor que va más allá de dar lo exigido, y pide incluso “amar hasta el extremo de dar la vida por los que se ama”.

Actualizando en la fraternidad universal la muerte y la resurrección de Cristo (P. Talec). Esta actualización conlleva: a) suscitar la vida, la esperanza y la alegría en todos, especialmente en quienes se sienten o viven solos, abandonados, despreciados, marginados; b) abrir la vida humana al Dios de la Vida ya que El es el único que puede llevarla a plenitud; c) vivir en la esperanza de que nuestra vida, que es efímera y pasajera, tendrán un día su culminación perfecta y definitiva en la comunión total con Dios en la eternidad.

4.- Los bautizados viven como hermanos y hermanas en la Comunidad Eclesial

Hemos afirmado que el Bautismo nos incorpora a la Iglesia que es familia de hijos, hermanos y servidores. Recordemos a Pablo: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál. 3, 28). De esta humanidad nueva, la Iglesia es el signo. El Bautismo construye la Iglesia como comunidad de creyentes, comunidad de pecadores perdonados, signo del amor universal del Padre y signo del destino al que el mundo es llamado por la gracia de Cristo (B. Panafieu).

¿Cómo hemos de vivir esta nueva realidad?

Esta realidad nos lleva a poder de relieve estos aspectos: a) No podemos separar a Cristo y a la Iglesia, ya que ésta es signo y sacramento de Jesucristo en el mundo y para el mundo; b) Nuestra fe, por muy personal que sea, para ser verdaderamente teológica y salvadora, ha de ser participación viva en la fe de la Iglesia, ya que “creer es incorporarse a una tradición viva que surge de Jesucristo”.

Teniendo en cuenta que la fraternidad eclesial no es una cuestión meramente externa, organizativa, burocrática, sino que pertenece a la entraña de la Iglesia, hemos de profundizar en la forma de vivir la unidad eclesial. Por el Bautismo el Señor nos introduce en una experiencia de vida con El y con todos los otros bautizados.

De forma abreviada y resumida decimos que para vivir en profundidad como hermanos y hermanas en la Iglesia : a) Hemos de ponernos en estado permanente de conversión y de reforma. En efecto, sólo una Iglesia convertida, puesta de rodillas ante Dios y que hace la experiencia de Dios puede evangelizar adecuadamente. Hoy más que nunca hay que evangelizar con el fervor de los santos; b) No dejarse esclavizar por la tentación de juzgar y despreciar a quienes han abandonado la Iglesia sino actuar de tal modo que nuestro testimonio eclesial sea para ellos una invitación a redescubrir con gozo a la Iglesia, prolongación sacramental de Jesucristo; c) Participar en la Eucaristía, sacramento de la unidad de la Iglesia, pues rehace y fortalece la unidad eclesial. Al participar en la Eucaristía entramos con más intensidad a formar parte de manera visible y real del misterio de la Iglesia. No olvidemos que somos bautizados en vistas a sentarnos a la mesa del Señor para compartir el pan eucarístico; d) Participar con el don recibido y en comunión eclesial en la vida y tarea prioritaria de la Iglesia: la evangelización del mundo y de la humanidad.

5.- Vivir y actuar como Señores de la Creación, en nombre de Dios.

Ya hemos afirmado que el bautizado ha de estar presente en las realidades de la vida social, política, económica, cultural, no dejándose engullir por ellas, sino esforzándose en contribuir a la construcción de un mundo más justo y fraterno, más libre y habitable, teniendo una preocupación privilegiada por los más desfavorecidos, pobres y marginados.

En este mundo plural, el bautizado ha de proclamar con palabras significativas y con signos la Buena Nueva del Reino de Dios, siendo así

testigo con los demás del amor de Dios para todos. Por su vida y comportamiento el bautizado ha de ser para quienes no creen, al menos, una pregunta, sabiendo que el Espíritu Santo es el único que puede abrir el corazón humano a la fe.

¿Cómo ha de vivir el bautizado su señorío sobre el mundo?

Para responder a esta pregunta tan importante, procedemos de forma esquemática y abreviada: a) ha de adentrarse en el mundo y no huir de él (ICort.3,21-23); b) ha de relativizarlo y nunca absolutizarlo (ICort.7,29s); c) la relativización del mundo es consecuencia de que es efímero y de que es criatura de Dios. No se le debe adorar jamás. Sería idolatría. d) la Comunidad Cristiana ha de irradiar el señorío de Cristo sobre el mundo mediante el servicio del amor y de la justicia, y mediante la esperanza inquebrantable en la liberación definitiva. De este modo, se destruye el odio, la injusticia, la mentira que esclavizan el mundo.

7.- Para Gloria de Dios Padre

La Comunidad cristiana, en la que está injertado y vive el bautizado, ha de ordenar toda su vida y acción a la mayor gloria del Dios Padre que es la meta de la comunidad (cf. ITes.2,13):

“Al Dios y Padre nuestro la gloria por los siglos de los siglos” (Fil.4,20).

“A El la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de los siglos por los siglos” (Ef.3,21).